

blos. Como la historia universal tiene por desgracia mucho que ofrecer, se dispone de múltiples desodorantes: desde Gengis Khan, los templarios, los albigenses, hasta los campos de concentración británicos en la Guerra de los Boers. El favorito es el Gulag ruso, pero también la masacre de los armenios por los turcos despierta complacencia colegial. Por supuesto es ésta una forma particulannente estúpida de absolución, dado que invita a algunas platitudes— como por ejemplo, *si duo faciunt idem, non est idem*. No obstante es muy probable que resulte que el *idem* ocurrido en la época de Hitler fue después de todo algo completamente único. Incluso quiero suponer, en honor de los que ahora viven, que esta singularidad salta a la vista de la mayoría. Que algunos historiadores alemanes no se cuenten entre ella deriva precisamente de que son la conciencia de la nación. Pero la conciencia es siempre una plantita delicada, y al contrario que otros vegetales, se siente mejor en el vacío de la abstracción.

IV

Si la misión del historiador es simplificar la historia, entonces la necesidad de inmediata absolución no es inexplicable. La memoria de los pueblos posee sólo una capacidad limitada para las infamias nacionales. Ésta tiene que ser limpiada cada poco tiempo para hacer sitio a nuevas atrocidades. Cuando el historiador del presente aparece hasta tal punto como dragacanales nacional, no puede uno negarle una función psicosociológica.

El malestar de los alemanes, en la medida en que penetra en mi distancia, parece que se expresa en dos tipos de quejas: que entre los años 1933 y 1945 se habría originado una ruptura en la historia alemana, y que a los alemanes, al contrario que a otros pueblos, se les habría extrañado el sentimiento de identidad nacional.

No tengo ni el derecho ni la intención de aliviar una eventual mala conciencia con buenas palabras persuasivas, pero sobre la presunta ruptura en la historia no me preocuparía yo mucho. Esto por dos razones: en primer lugar, la historia alemana tampoco es que haya discurrido por lo demás tan bonita y armónica, aun cuando sólo esta vez ha dado ocasión al mayor pogromo de la historia universal. Y en segundo lugar: igual que no pueden juzgarse las curvas de fiebre con reglas estéticas (la patología se impone a todo sentido de la belleza), tampoco puede hacerse con el flujo de la historia. El jugo de la fe en el progreso

tiene que expresarse de datos muy reacios y secos, pues al espectador desprejuiciado toda historia le parece llena de rupturas. Sin puntos de referencia ideológicos no puede distinguirse cuándo va hacia arriba y cuándo va hacia abajo. Los hechos son los hechos, y la razón de los sucesos está en que suceden. Los escritores de historia, sin embargo, gustan de líneas claras que pulen todavía más mediante explicaciones. No obstante, parece haber una especie de principio de incertidumbre: *la propia explicación altera el hecho*.

Siendo así, debe uno preguntarse si es siquiera posible describir algo «como realmente fue». Puede uno preguntarse incluso si ello es deseable. La historia no es ni por asomo la única ciencia que en su búsqueda de la verdad ha tenido que alcanzar compromisos. Las ciencias naturales se ocupan sin cesar de descubrir verdades y consideran éstas como comparativas en relación al estado previo. ¿Pero hay un grado de comparación del adjetivo «verdadero», o es que aquél es la negación del adjetivo? Esta objeción vale aún mucho más para la historia. Así, no creo que se vaya a descubrir jamás la verdad sobre (digamos) el Reich de Hitler; habría que volver en unos siglos para ver si es que se dio entonces una ruptura. Cuarenta años no bastan. Después de ese tiempo largo (después de unos doscientos años) quizá se ponga de manifiesto que la época de Hitler encaja sin costura en la historia alemana. El respeto por lo existente debe incluir lo que ha existido, y ni siquiera diría que cada pueblo tiene la historia que se merece. Lo que comúnmente se llama historia universal me parece, como el título de este ensayo expresa ya, en todas partes y de igual modo espantoso.

V

Por lo que toca al lamento sobre el sentimiento de identidad nacional perdido, no sé si los quejicas se refieren a la falta de patriotismo o a la relajación de lo que podría llamarse arraigo. Yo no he tenido en mi vida ninguno de los dos, pero sólo he lamentado la falta del segundo⁵. Nada en el mundo está tan arraigado como un árbol, pero no se le puede llamar patriótico, salvo que se llame patriotismo al sentimiento en cierto modo instintivo de que se podría echar raíces aquí, pero no allá. Ahora bien, los alemanes fueron siempre emigrantes particularmente

⁵ En uno de mis libros, *El fuego de Heráclito*, he dedicado a este tema un capítulo, «*El círculo sin centro*».

adaptables, diestros en adoptar en poco tiempo toda *couleur* de patriotismo. De mis lecturas de periódico extraigo incluso la impresión de que el entusiasmo por la potencia protectora América no es en ninguna parte tan grande y sincero como en la República Federal Alemana, de modo que podría decirse que los verdaderos patriotas americanos viven ahora en Alemania. Quizá es que la sujeción a América es proporcional a la cantidad de pasado que tiene uno que superar.

El lamento sobre la desaparición del sentimiento de identidad nacional no es injustificado y la misma pérdida no es incomprensible –sólo que habría que preguntarse primero en qué se basa esta identidad. En mi opinión tiene poco que ver con el patriotismo, por no hablar del chauvinismo; creo también que se ha visto afectada por la división de Alemania en dos partes desiguales. Ante palabras como identidad nacional o patriotismo podría uno preguntarse incluso si no es que aparecen cuando el concepto por ellas designado empieza a menguar. Quien lea escritos antiguos, de la época de los principillos, cuando no había Alemania en absoluto, verá que la identidad nacional del individuo tenía poco que ver con la política y el estado, sino que se basaba en el único fundamento verdadero, la lengua. Gryphius y Grimmelshausen, Brockes y Günther, Schubart y Möser eran alemanes porque escribían en alemán. (Así, un título de libro como *Fantasías patrióticas* de Möser anticipa ya, de hecho, el más turbio e histérico sentimiento nacional del romanticismo.)

Si por lo tanto la queja sobre la mengua de identidad tiene una base, sólo puedo interpretarla como indicio de que la lengua alemana está gravemente enferma. Esto no puede estar relacionado con la disminución de su peso en el mundo, pues no creo que por ejemplo los franceses necesiten lamentar la pérdida de su identidad, a pesar de que a su lengua no le va mejor que a la alemana. Un motivo para esta diferencia lo vería yo en la diferente actitud que adopta cada pueblo frente a su lengua. Desde el final de la época de Goethe, Alemania no ha tenido buena pinta a este respecto. La degradación de la lengua empezó al mismo tiempo que la proliferación de periódicos políticos, la verborrea vacía de los discursos políticos y el incremento de la publicidad. También la aparición de los especialistas y de la literatura especializada correspondiente contribuyó al socavamiento de la lengua. La protesta de Schopenhauer (ese tardío heredero del tiempo de Goethe) contra el estropicio lingüístico resultó, creo, inoperante. Tampoco ayudó mucho el que todavía hubiera grandes escritores de prosa – Stifter, Keller, Fontane, Kürneberger. Al llegar el régimen nazi, encontró lo que necesitaba:

una pseudolengua sin espíritu, privada de mercado. Curiosamente no parece que nadie se quejara entonces de la falta de sentimiento nacional; quizá porque de haberlo hecho le habrían cortado la cabeza.

¿Es tan mala la lengua porque lo son los hombres, o están los hombres degradados porque decayó la lengua? La mayoría es muy probable que rechace ambas alternativas. Y sin embargo yo diría que un libro como *Mi lucha* sólo podía ser escrito en la lengua en la que lo está. Así escribía y pensaba entonces un autodidacta de provincias austríaco; por lo demás una prueba de que la podredumbre lingüística no se limitaba al propio Reich alemán. Y sólo en semejante lengua se podía escribir semejante libro. Que aproximadamente al mismo tiempo en que aparecía este libro Robert Walser crease sus últimos pequeños milagros verbales y un Kraus, un Kafka, un Musil trabajasen en vano por la salvación de la lengua, puede servir de testimonio sobre lo colorido que era todavía entonces nuestro mundo gris de hoy.

¿Qué quieren realmente los quejicas? Poseen un pasaporte alemán, hablan y escriben en alemán, su divisa es presentable, y no tienen un Presidente Reagan. Nadie tiene intención de discutirles su identidad alemana federal. ¿Acaso el malestar se debe al elemento «federal»? ¿Ha vuelto a crecer algún centímetro la barba de Barbarroja? ¿Con que frecuencia hay que arrastrar al Bitburg a un viejo que mira desprevenido en todas direcciones? ¿Tiene sentido patalear con un pie meramente alegórico? ¿Tiene sentido que un pueblo se queje de su historia?

VI

Tiene tanto menos sentido en cuanto que los historiadores alemanes parecen estar a punto de fabricar una historia nueva. Será interesante ver cómo lo hacen, y si la lengua alemana y los logros verdaderamente relevantes de alemanes individuales en la música, la literatura, las bellas artes, las ciencias, etc., juegan en ello el papel que les corresponde; o si, y esto es igualmente importante, la vida de la gente corriente encuentra una expresión tan adecuada como la que han conseguido los historiadores del grupo *Annales* en Francia. No puedo decir que crea que va a ser así. Más bien será una nueva edición de alguna variante de la leyenda de la puñalada en la espalda, pues la escritura de historia alemana siempre fue maestra de la coartada. Ninguna otra historia, o así me lo parece, se vanagloria tanto de oportunidades malgastadas (malgastadas por otros), de acuerdos desaprovechados (desaprovecha-